EL LLANTO DEL HIJO DE DIOS



EN EL MONTE ALTO DE LA ORACIÓN

Para reflexionar en el silencio interior

P. Gustavo Eugenio Elizondo Alanís



«Cuando Jesús estuvo cerca de Jerusalén y contempló la ciudad, lloró por ella y exclamó: "¡Si en este día comprendieras tú lo que puede conducirte a la paz!"» (Lc 19, 41-42)

Madre nuestra: el llanto de Jesús que nos cuenta el Evangelio nos hace reflexionar sobre el dolor que siente su Sagrado Corazón ante las miserias de los hombres. Dolor real, de hombre verdadero, que sufre y siente en carne propia las emociones, que son consecuencia no solo de sus experiencias personales en su paso por la tierra, sino también porque conoce, con saber divino, lo que sucede en el interior del corazón de todos los hombres.

Y por eso llora al contemplar la ciudad de Jerusalén, porque lo que Él ve son los pecados de indiferencia de su pueblo, que no supo aprovechar la oportunidad que Dios le daba.

¡Cuántas cosas maravillosas experimentó el pueblo elegido durante la vida pública de Jesús! Ellos veían y oían que se cumplían las Escrituras sobre la venida del Mesías salvador a través de sus milagros y de su predicación. Pero también se cumplía lo que dice el Salmo: "tienen ojos y no ven, tienen oídos y no oyen".

Y tristemente vemos que eso sigue sucediendo en la actualidad. Nosotros podemos decir que también tenemos muchas oportunidades que Dios nos da para aprovechar la gracia de la Salvación. Contamos con la Sagrada Escritura, que es Palabra viva de Dios, quien nos sigue hablando por obra del Espíritu Santo. Y contamos con la presencia de Jesús a través de su Iglesia, con sus ministros sagrados –que son el mismo Cristo–, que nos imparten los Sacramentos, fuentes de la gracia, y nos predican el mensaje de Salvación. Qué triste que siga habiendo hombres que tienen ojos y no ven, y tienen oídos y no oyen.

Madre de Dios: con toda seguridad tú viste muchas veces en tu vida el llanto de Jesús, y lloraste junto con Él. Y no solo de dolor, sino muchas veces de alegría, y por eso te llamamos bienaventurada todas las generaciones. Dinos, Madre, cómo podemos ahora conseguir que el Señor derrame muchas lágrimas de alegría al contemplar que nosotros sí estamos aprovechando verdaderamente todas las oportunidades que Dios nos da para salvarnos.

Hijo mío: ven conmigo. Vamos al monte alto de la oración a meditar en el sufrimiento del Corazón de Cristo, y en las lágrimas derramadas de sus ojos, por la necedad, testarudez e indiferencia de su pueblo.

¡Yo he visto tantas veces llorar al Hijo de Dios derramando lágrimas de purísimo amor!

Lágrimas de alegría y lágrimas de dolor.

El llanto del Hijo de Dios en el pesebre fue para mis oídos la más dulce melodía que jamás había oído.

Lágrimas de niño necesitado de la atención de sus padres, que manifestaban su real humanidad.

Dios hecho hombre, que era tan solo un niño, pero que vino al mundo, no a traer lágrimas, sino la alegría de la salvación.

Muchas veces lo vi derramar lágrimas por mí. No de tristeza, sino de amor. Tanta ternura había en su Corazón cuando miraba mi rostro, que lágrimas brillantes brotaban de sus ojos mientras me decía: "madre, te amo".

Pero después, sus lágrimas de dolor conocí.

Lo vi llorar por ti.

Lágrimas que a su Padre Dios ofreció, pidiendo su compasión, prometiéndole dar la vida por ti para conseguir tu salvación.

Y Él se la concedió. Y sus lágrimas fueron de alegría, de esperanza, de ilusión, de agradecimiento y satisfacción por tener la oportunidad de darte la vida eterna en su resurrección.

Aprovecha, hijo mío, la oportunidad que Dios te da de conocer a Cristo, de unir tu corazón al suyo, de ofrecerte a Él, para ser por Él, con Él y en Él, una ofrenda agradable al Padre y ser digno de salvarte.

Por los méritos del Crucificado, repara su Corazón por tantas veces que le has fallado. Porque, te aseguro, hijo mío, tu Señor ha llorado por cada uno de tus pecados.

Pero ha derramado lágrimas de alegría por cada pecado que has confesado y te ha perdonado.

Pero el Señor, tu salvador, no solo por ti ha llorado, sino por todo su pueblo. Y sigue derramando lágrimas de dolor por aquellos a quienes vino a salvar y no aprovecharon la oportunidad que Dios les dio.

El Hijo de Dios vino al mundo, y el mundo no lo recibió. Su Corazón sufre, y Él llora por el gran sufrimiento que le causa que muchos no comprendan lo que puede llevarlos a la paz. Cierran sus ojos y sus oídos, no quieren ver el camino, no quieren escuchar la Palabra de Dios, no aceptan el sacrificio de Cristo y no serán dignos de alcanzar la salvación.

Por tanto, el Señor llora por un amor que no es correspondido. Un amor que ama, y aunque es traicionado, no deja de amar al pecador. Y sufre su Corazón por perder a aquel que ama, porque respeta su libertad y su decisión.

Aun así, por sus benditas lágrimas, el Padre le concederá otra oportunidad, y otra, y otra más, al pecador, para que se convierta y alcance en Cristo la salvación.

Pero si no se convierte antes del día de su muerte, llegará a su juicio a presentarse ante el Hijo de Dios, y no verá su llanto, sino su justicia, que lo precipitará al abismo, y no quedará en él piedra sobre piedra, sino tan solo su llanto y rechinar de dientes, lamentándose para siempre de no haber aprovechado la oportunidad que Dios le dio para alcanzar su salvación.

Hijo mío: ten tú los mismos sentimientos de Cristo. Duélete por los pecadores que no se arrepienten. Reza por ellos. Pide su conversión y repara con obras de amor el Sagrado Corazón de tu Señor.

Y alégrate, porque si aprovechas bien la oportunidad que Dios te da, un día tu Señor te mirará, y por ti lágrimas de alegría y de ternura derramará, mientras te dice: "hijo, te amo. Ven, bendito de mi Padre y toma posesión del Reino que tengo preparado para ti".

¡Muéstrate Madre, María!

(*En el Monte Alto de la Oración,* n. 233)

OTRAS ORACIONES Y REFLEXIONES

Búscanos en:

Arquidiócesis de Toluca
www.lacompañiademaria.com
lacompaniademaria01@gmail.com